

Enrique de la Lama Cereceda (1936-2023)

In memoriam

El 17 de agosto de 2023 falleció en Logroño, a los 87 años de edad, el profesor Enrique de la Lama Cereceda, después de verse aquejado, unos días antes, de un repentino deterioro de su ya frágil salud. Su funeral tuvo lugar en la concatedral de Santa María de la Redonda, de Logroño con una concelebración numerosa en la que participaron cuatro obispos y ochenta sacerdotes.

En 1994 escribía Enrique de la Lama: «*Hay algo imparticipable, y entre las cosas más imparticipables están los acontecimientos espirituales, la historia de la propia alma. Yo tengo mi propia historia*». Esa historia comenzó en Logroño, ciudad en la que Enrique Miguel de la Lama Cereceda nació el 23 de mayo de 1936, en el seno de una familia santanderina que había llegado a la capital riojana apenas un par de años antes. Fue el último de los nueve vástagos –siete hijas y dos hijos– de Enrique de la Lama y del Arenal y de María Teresa Cereceda Gargollo. La familia se asentó en Logroño desde el primer momento, aunque el destino del *paterfamilias* varió desde el cargo inicial de Director de la Enológica de Haro, pasando por el de Ingeniero en Jefe de la Jefatura Agronómica de la provincia de Logroño, hasta el de Inspector General del Cuerpo de Ingenieros Agrónomos, en Madrid.

Enrique recibió la primera enseñanza en el colegio de los escolapios de Logroño, según la tradición instaurada por su padre y seguida por su hermano Juan Antonio que se habían educado con los escolapios de Villacarriedo. Siendo niño ingresó en el Seminario Conciliar del Salvador, de Logroño. La idea del sacerdocio –idea que más tarde adquiriría el nombre verdadero de «vocación»– contaba con precedentes venerados en la familia. Desde el siglo XVI –había oído decir– siempre había habido un sacerdote en cada generación de los Cereceda; y a partir del XIX, el número se elevaba a dos. Juan Antonio de la Lama y del Arenal, hermano de su padre, se había ordenado «a título de patrimonio» y era conocido por toda una serie de publicaciones catequéticas de las que era autor (su actividad publicista se extendió también al mundo de la radio, sobre la que publicó dos libros). Luis Cereceda Gargollo, hermano de su madre, fue párroco de Vargas, junto al río Pas, y después de Astillero. Murió a consecuencia de las penalidades del cautiverio sufrido durante la guerra civil en razón de su condición sacerdotal.

Tras los cursos de humanidades y filosofía, Enrique fue enviado a Comillas. El obispo de Calahorra había sido, desde 1927, D. Fidel García Martínez, hombre dotado de una inteligencia preclara y de una notable visión de futuro. D. Fidel, que conocía Comillas por haberse formado allí él mismo, enviaba cada año a esa Universidad Pontificia a alguno o algunos de los alumnos que terminaban

los estudios de Filosofía, para que realizasen allí los estudios teológicos y obtuvieran la licenciatura. Su sucesor, D. Abilio del Campo, que acababa de llegar a la diócesis en 1954 continuó la misma costumbre, a pesar de que su simpatía iba más hacia Salamanca. Y según esa norma el joven estudiante se trasladó en 1955 a la Universidad Pontificia de Comillas y experimentó desde el primer día como el encuentro con una natural *Alma Mater*, que le esperaba y donde todos los rincones le hablaban. Comillas sería evocado más tarde de la siguiente manera por Enrique:

¿Qué había allí? Mucha gente. Mucha gente. Muchos que iban a ser sacerdotes. Gentes de todas las diócesis de España y también de otras de fuera de España: de América y de Filipinas, sobre todo. Gentes muy distintas. Mucha juventud. Y había allí un Padre espiritual que había conseguido, porque era un santo, poner aquello hirviendo. Así y allí, eran muchos por entonces los que deseaban sinceramente ser santos. Por aquellos años yo oía hablar de santidad sacerdotal muy intensamente. La diferencia con lo que yo había oído hasta entonces era seguramente la intensidad y también –creo– la calidad de la llamada al compromiso de entrega y la autenticidad. Sólo por eso valía la pena haber llegado allí.

El 29 de marzo de 1959 fue ordenado sacerdote en Comillas por el entonces nuncio en España Hildebrando Antoniutti. Ese mismo año fue nombrado profesor y formador del Seminario Menor de Logroño –más tarde lo sería del Mayor y Prefecto de Filosofía–. Los años del Seminario como profesor y formador duraron hasta el año 1970.

Pero antes de entrar en esos años es preciso referirse a una circunstancia capital en la vida de Enrique de la Lama, que es su encuentro con el *Opus Dei*. Este hecho no se circunscribe a un momento único, sino que se extiende con distintas ramificaciones a lo largo de varios años. En la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, D. Enrique aprendió a amar el sacerdocio y a los sacerdotes, a su diócesis y a toda la Iglesia. En adelante, su vida sacerdotal se inspiró en la figura de S. Josemaría Escrivá de Balaguer y en su enseñanza sobre la necesidad de vivir al mismo tiempo una profunda alma sacerdotal junto con una nítida mentalidad laical.

Los años de su ministerio en el Seminario no sólo como profesor sino sobre todo como formador, especialmente como prefecto de Filosofía (1967-1970) constituyen un auténtico núcleo en la vida de D. Enrique de la Lama. Se trataba de un Seminario y se trataba de aquellos años. En la década de los 60, los seminarios en España seguían manteniendo la estructura consolidada en la posguerra: grandes caserones en los que se alojaban y se formaban en el camino hacia el sacerdocio centenares de seminaristas: desde niños en sus 10-12 años, hasta los que eran ordenados cada final de curso. La disciplina era una cuestión fundamental,

y la formación intelectual era muy seria en lo que se refería a las Humanidades y muy tradicional en los estudios filosófico-teológicos. El seminario de Logroño consistía en un noble edificio construido en 1929 por impulso de Mons. García Martínez, que albergaba en total a unos 300 seminaristas, distribuidos en lo que se llamaba «comunidades» (de «latinos», «retóricos», «filósofos» y «teólogos»). Allí vivían también un buen grupo de sacerdotes que se dedicaban a la formación de los alumnos o simplemente a tareas docentes. A esa «quinta» comunidad –la de los profesores y formadores del seminario– se incorporó el joven sacerdote Enrique a sus 23 años.

Los seminarios estaban llamados a experimentar una convulsión precisamente en la década 1960-1970 y especialmente a partir del Vaticano II (1962-1965). El seminario de Logroño también la experimentó. No faltaron problemas y sacudidas durante esos años; pero el ambiente general y el número de candidatos al sacerdocio no se hundió, como había sucedido en otros lugares en los que seminarios de gran solera llegaban a cerrar sus puertas. Lo que interesaba no era la batalla inmediata –que aunque dolorosa iba a ser breve–, sino la carrera de fondo de la formación de los futuros sacerdotes.

Sin haber desarrollado una teoría pedagógica –nada más ajeno a su talante vital, mucho más amigo de la espontaneidad– se puede afirmar que Enrique era fiel a algunos principios prácticos: el primero era que para la formación es necesaria una relación personal, de amistad si es posible, que compromete al formador y al formando y lleva a buscar el modo concreto del desarrollo personal y cristiano que constituye el camino de cada persona. El segundo principio es que la formación no tiene lugar en tiempos de dedicación delimitada, sino que es tarea continua y en la que no se debe ahorrar nada: los pequeños detalles inesperados que sorprenden son tan importantes como las grandes explicaciones. El tercero podría ser el de plantear la formación como un modo de ser –en el que el formador es testigo y amigo que va por delante–, propio, original, alejado de toda idea de casta sacerdotal, así como de una mundanización disolvente de lo específicamente cristiano y sacerdotal. Un cuarto principio sería comunicar y transmitir la belleza de la vida sacerdotal en la que prima la autenticidad, el sentido ilusionante de misión, la vida interior como fuente de eficacia y sentido, y la fraternidad y amistad sacerdotales.

En los años como formador del Seminario, comenzó el profesor de la Lama estudios de Historia en la Universidad de Navarra. Le interesaba sin duda la historia, pero le interesaba también y le atraía el mundo de la universidad. Por eso se entiende que, cuando dejó el Seminario de Logroño en 1970, su destino inmediato fuera Pamplona y su Universidad. Sin embargo, las previsiones de futuro que por entonces pudiera hacer experimentaron un cambio radical al ser llamado

a desempeñar el cargo de Consejero Eclesiástico de las Embajadas de España ante la Santa Sede y ante la Soberana Militar Orden de Malta (1972-1974). Esto suponía el traslado a Roma y más allá de esta circunstancia un cambio radical en el horizonte de su vida, al mismo tiempo que el acceso a una experiencia impensada pero cargada de interés. Durante este tiempo pudo vivir de cerca acontecimientos como la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes en España, que había sido un poco antes; la celeberrima audiencia de Pablo VI a López Bravo; los intentos de reformar el Concordato y el deslizamiento hacia la fórmula de acuerdos parciales; los conflictos de parte del clero con el gobierno (que culminaría, en cierto modo, en el caso Añoveros); el gran atentado contra Carrero; el «espíritu del 12 de febrero con Arias Navarro»; el Consistorio en que recibieron el birrete cardenalicio los arzobispos Marcelo González Martín y Narciso Jubany; el protagonismo del cardenal Tarancón; etc. D. Enrique, durante el tiempo transcurrido en Roma y con el trabajo desarrollado enriqueció su catolicidad y también el conocimiento del modo cómo funcionan las cancillerías civiles y la Curia romana. A su vuelta a España tras terminar su servicio en la embajada, trajo consigo abundante material documental que le sería inmediatamente útil para la redacción de su tesis doctoral sobre la nunciatura de Giustiniani en España.

Fue en 1982, y tras volver a Pamplona definitivamente después de unos años de trabajo ministerial en Bilbao, cuando defendió la tesis doctoral en Historia, que venía preparando desde hacía unos años bajo la dirección del profesor Federico Suárez. Se trataba de un trabajo meticuloso y voluminoso (el texto mecanografiado ocupaba –con sus apéndices documentales– un total de 1.500 pp., en cuatro volúmenes) que llevaba por título «La nunciatura en España de Giacomo Giustiniani (1817-1827)». Empeños pastorales diversos y un nuevo campo de investigación no permitieron por entonces al nuevo doctor publicar la tesis. Sería muchos años más tarde cuando aparecería una parte actualizada de ella bajo el título de *Visiones políticas. Cartas sobre España: Giustiniani-Consalvi (1817-1823)* (Pamplona 2020).

El año 1982 señala el momento de la incorporación del Dr. Enrique de la Lama a la Universidad de Navarra como profesor. Desde el principio, compatibilizó sus tareas docentes y sus intereses investigadores con una intensa actividad pastoral, particularmente en el ámbito de los alumnos del recién comenzado Ciclo I de la Facultad de Teología (Colegio Mayor Albáizar y Colegio Mayor Echalar).

En lo que se refiere a la investigación histórica, tras el punto de partida de la tesis sobre Giustiniani, apareció en su horizonte otra figura histórica que pronto pasó a ocupar el centro de sus intereses históricos. Se trataba de Juan Antonio Llorente, singular protagonista de la Ilustración española, que presentaba varios títulos para despertar el interés del profesor de la Lama. Era, en primer lugar,

un clérigo de su misma diócesis de Calahorra, nacido en la localidad de Rincón de Soto, canónigo de la Catedral de Calahorra, posteriormente atraído por las nuevas ideas, afrancesado y crítico feroz de la Inquisición española. Pronto las investigaciones iniciales cuajaron en una segunda tesis, en este caso en la Facultad de Teología, especialidad de teología histórica. El director del trabajo fue en esta ocasión otro ilustre historiador, el profesor José Orlandis. La tesis, que llevaba por título «Juan Antonio Llorente en España. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia. 1756-1813», fue defendida en 1986 recibiendo el premio extraordinario de Doctorado. Tras alguna reelaboración, pronto apareció como libro: *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)* (Pamplona 1990).

En adelante, el interés de Enrique de la Lama por la figura de Llorente sería constante. Como lo muestran los trabajos que siguen: edición crítica, con un estudio preliminar y notas de Juan Antonio LLORENTE, *Discursos sobre el orden de procesar en los Tribunales de Inquisición* (1995); *El «Reglamento para la Iglesia de España» de Juan Antonio Llorente* (1997); *Llorente. Retrato a vuelo pluma* (1999). Una aportación especialmente relevante a la historiografía llorentiana fue la publicación, en 2003, de la ejecución notarial testamentaria de Juan Antonio de Llorente cuyo manuscrito había encontrado durante una etapa de investigación en los archivos históricos de París (Archives de France y Archivo del «Hotel de Ville» de París). El testamento de Llorente se hallaba depositado en el archivo de Notarías de París. La edición de este importante documento apareció con el título *La sucesión a los bienes de Juan Antonio Llorente en París*, con un amplio estudio preliminar y abundantemente documentado en notas.

La especialización en algunos temas ha significado concentración y examen desde diversos ángulos de personajes e historias poliédricos, pero el profesor de la Lama nunca olvidó cuestiones más amplias. Desde la pregunta por *¿Qué es la historia de la Iglesia?* que fue el tema del XV Simposio Internacional de Teología, del que fue co-director, o por la evangelización a lo largo de la historia como presidente del Comité Organizador del XXI Simposio Internacional de teología: *(Dos mil años de evangelización. Los grandes ciclos evangelizadores 2001)* hasta temas más particulares de la historia moderna y contemporánea de la Iglesia.

Para el profesor de la Lama los temas que estudiaba nunca eran asuntos que hay que tratar rápidamente para salir del paso y tener una publicación más en su currículo. Solo si una cuestión lograba, en cierto modo, apasionarle se ponía de lleno a estudiarla, sin perdonar esfuerzo ni dejar nada en un claroscuro cómodo pero falso. Así sucedió con el concepto de Cristiandad (*En torno al concepto de «Cristiandad»* 1996), la figura del famoso abbé Gregoire (*L'abbé Grégoire y las colonias francesas del Caribe*, 1998), o la Inquisición que es otro de los temas que le han

interesado especialmente (*The origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain, de Benzion Netanyahu*, 1997).

Desde la fundación de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, el prof. De la Lama formó parte del Consejo de Redacción. En Anuario encontraron cauce el día a día de su seguimiento de la historia eclesiástica a través de iniciativas, recensiones de libros, etc. Se debe destacar una sección original de esa revista, en la que un historiador mantiene una conversación con otro autor a propósito de su obra y de su visión del panorama histórico y social. El profesor de la Lama mantuvo y publicó cuatro de estas conversaciones: *Conversación en Vicente López, frente al Río de la Plata, con el Prof. Néstor T. Auza* (1995); *Conversación en Pamplona con José Orlandis* (1996); *Conversación con Ismael Sánchez Bella en Pamplona* (1998); y *Conversación en Pamplona con Bruno Neveu* (2001). De todas éstas, vale la pena subrayar la mantenida con Bruno Neveu porque fue el origen de una amistad que se mantuvo hasta la muerte del eminente profesor francés en el Seminario católico de rito melquita, en el Líbano, donde se preparaba para el sacerdocio. D. Enrique conocía los planes de futuro de Neveu y le había alentado en sus propósitos.

Además de su trabajo en el campo de la historia, Enrique de la Lama se ocupó de cuestiones relacionadas con el sacerdocio y la formación sacerdotal. La vocación, formación, espiritualidad y vida sacerdotal eran cuestiones en las que veía no solo el aspecto reflexivo y conceptual, sino realidades vividas personalmente, y encarnadas en personas concretas. Le interesaba la experiencia, que afrontaba sin renunciar a la reflexión, a la teoría, si se quiere. Esta última se ha hecho especialmente necesaria durante las últimas décadas en las que las propuestas sobre el sacerdocio se han multiplicado con diversa orientación y acierto.

En 1983 publicó el trabajo *La identidad eclesial del presbítero*, en el que tomaba una postura clara a favor del relieve teológico y eclesial –de la ontología– del ministerio ordenado, frente a quienes insistían en su dimensión principalmente funcional. Unos años después apareció un boletín bibliográfico sobre la espiritualidad sacerdotal: *Espiritualidad del presbítero secular. Boletín bibliográfico* (en colaboración con Lucas Francisco Mateo-Seco, 1989), que tendría una continuación diez años más tarde en *Sobre la espiritualidad del sacerdote secular* (1999). Los autores presentaban el panorama de publicaciones de los últimos años y ofrecían una valoración crítica.

A comienzos de los 90 reflexionó abundantemente sobre la vocación sacerdotal, y el resultado de su estudio apareció en dos significativos trabajos: *¿Vocación divina o vocación eclesiástica? Una dialéctica superada para explicar la naturaleza de la vocación sacerdotal* (1991), y en la monografía *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación* (1994). Otros trabajos sobre aspectos diversos de la misma temática del

sacerdocio fueron *El celibato, compromiso de Amor Pastoral* (1990); *Crisis vocacional en la presente sociedad* (1996); y *Hacia un compromiso fundamental* (1997).

La preocupación por el sacerdocio encontró una forma de difusión el año 2000 a través de una serie de cursos dictados en varios países de América del Sur (Perú, Colombia y México). Sus intervenciones versaron sobre *Sacerdocio y evangelización*, y fueron publicadas el mismo año 2000. En otras ocasiones viajó a América con la misma finalidad: La Guaira (Venezuela, 1990); Lima y Abancay (Perú, 1991); Santa Ana y de Quizatepeque (El Salvador, 1992); Sololá (Guatemala, 1993); y Paloblanco (Puerto Rico, 2001).

Antes de terminar esta semblanza de D. Enrique, es oportuno rescatar unas palabras suyas en el libro-homenaje al profesor Domingo Ramos-Lisson. Escribía así el sacerdote y profesor en el año 2000:

El trabajo de las Letras y de la especulación necesita serenidad: mantener con firmeza el timón sin ceder al oleaje de la marea diaria. In ómnibus respice finem. Y para ello, importa mucho el sentido. Y ¿cuál sería el sentido de una vida universitaria, si no fuese ante todo la búsqueda infatigable de la Verdad? La esencia –incluso la quintaesencia– del saber humano trasciende a saber divino; todo saber (no sólo el saber teológico) se fundamenta –en fin y en principio– en el Logos Divino.

Pero la vida universitaria busca la Verdad en un corazón de juventud inmarcesible, impulsivo, tenaz y auténtico y con frecuencia pudorosamente encubierto por un goliardesco estilo paródico. (...) La cumbre de las Letras y del progreso científico es contemplativa: consiste en enamorarse de la Sabiduría y en servirla con fidelidad.

No parece fácil intentar mejorar los pensamientos expresados por nuestro autor en los párrafos que preceden. A él se pueden aplicar con toda justicia y propiedad. Al traerlos aquí y hacerlos nuestros, rendimos un homenaje de gratitud y de reconocimiento al profesor Enrique de la Lama Cereceda cuya vida de sacerdote y profesor ha dejado un fecundo reguero de vida y de conocimiento.

César IZQUIERDO

Universidad de Navarra

cizquier@unav.es

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA:
RECENSIONES DE LIBROS

BIBLIOGRAPHIC SECTION:
BOOK REVIEWS

